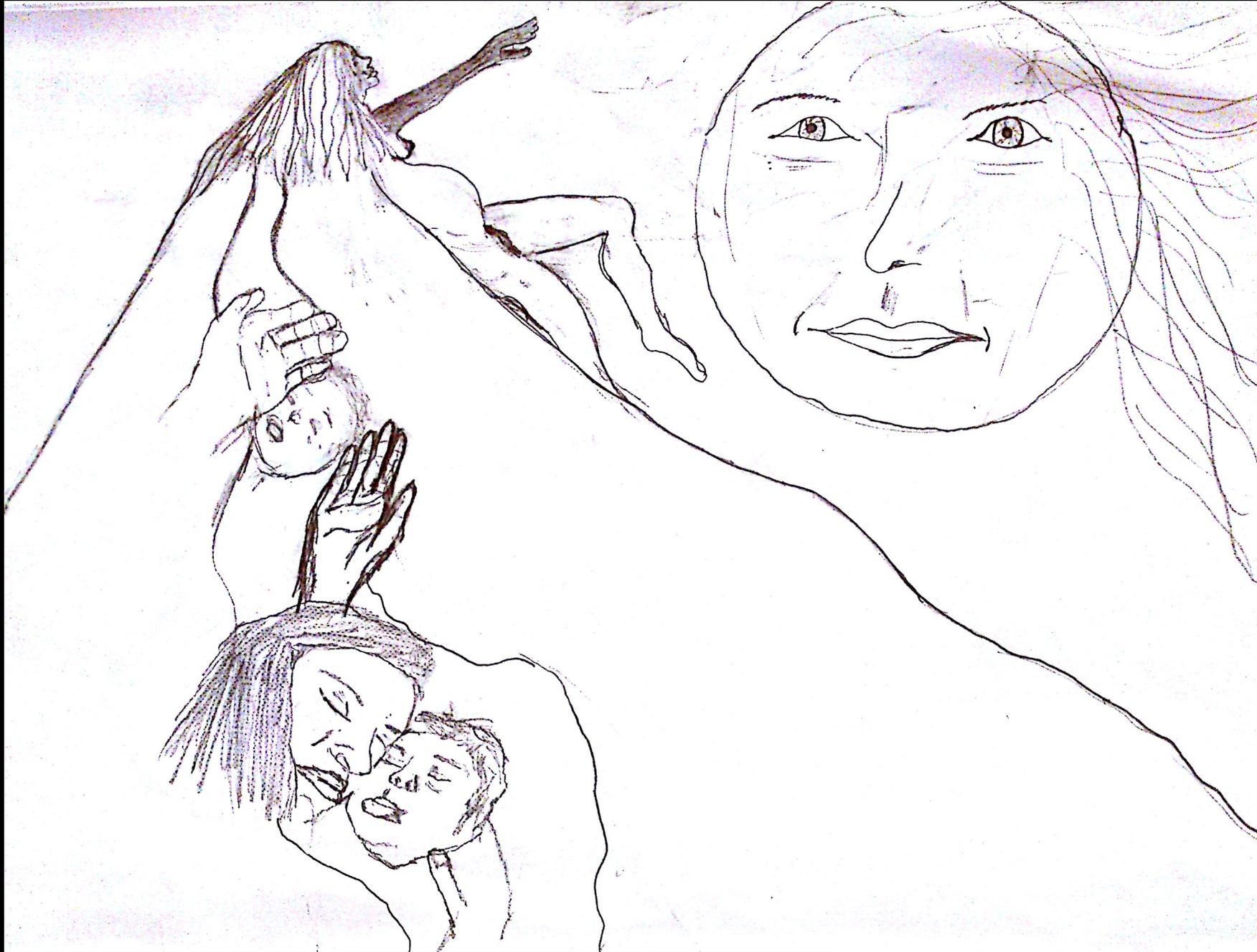


EL RÍO DE MI VIDA

por Adrián Soto
Salmerón



Resultado de varios procesos, os presento esta narración, en la que desnudo mi alma. Es la historia de mi transcurso vital en estos últimos tiempos y en mi presente cercano. La historia de mis aprendizajes, y de la forja de mi persona. Procesos como el dibujo libre a través del cual una serie de lecciones fueron aflorando en mi río vital. O como el de narrar a través de la palabra escrita ese proceso, con sus afluentes, sequías y lluvias. Aunque en un principio el río estaba acotado a la experiencia escolar, he decidido, por varias razones, traspasar esos límites e ir al encuentro del lugar dónde mis aprendizajes han tenido lugar: mi propia vida.



Este soy yo.

Me llamo Adrián Soto. Desde que vine a la vida, la tierra ha girado alrededor del sol durante veinticinco ciclos, a través de los cuáles he podido vivir muchas y muy diversas experiencias; algunas más dulces, otras más amargas; pero fruto de todas, soy.

El otro día, después de haber postergado la tarea de manera insistente, sirviéndome de diversos pretextos, por fin me aventuré a narrar el río de mis aprendizajes. Me sentía muy inquieto, por un lado porque mi experiencia escolar brilla por su ausencia en mi memoria, por otro, porque me disponía a ahondar en un pasado que aún, sin

ser muy consciente de ello, vivía enterrado en el olvido.

Me quise servir del consejo de Silvina para realizar el relato, así que me dispuse a dejar mi mente “en blanco”, y comencé a dibujar sin más. Dado que soy consciente de que no fue precisamente en las instituciones escolares donde desarrollé aprendizajes relevantes, quise dar cabida en mi río a los lugares y momentos dónde sí que había desarrollado dichos aprendizajes.

Al hacer esto, sin embargo, cuando me quise dar cuenta, había estado señalando momentos importantes de mi vida personal, las ciudades en las que había vivido, las circunstancias familiares que me habían acompañado. Es decir, había estado contando mi vida, pero no los aprendizajes que desarrollé al respecto.

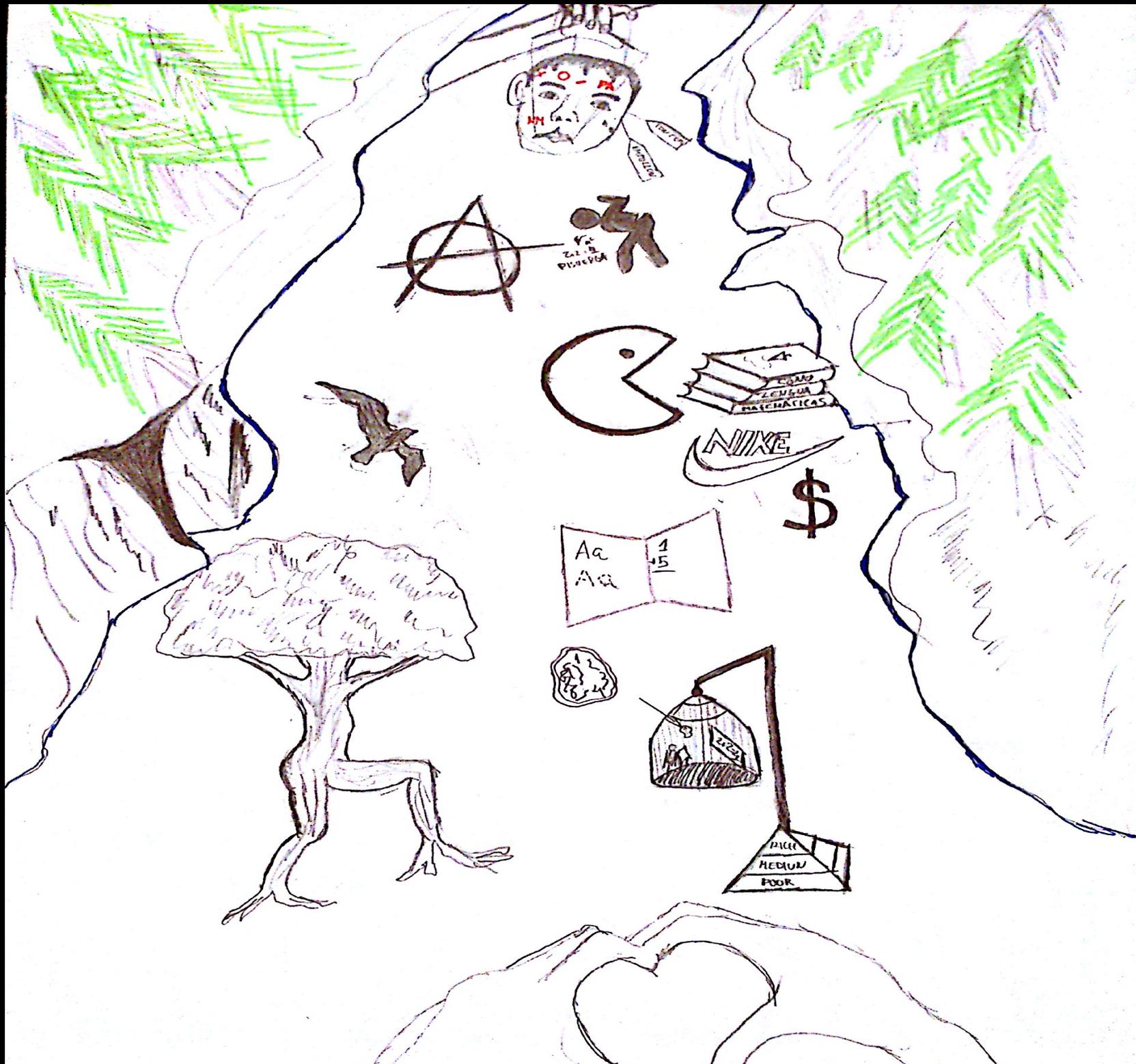
En determinados momentos de la reconstrucción de mi historia personal, fue muy duro, porque me dí cuenta de que había etapas de mi adolescencia que no podía reconstruir, ni yo solo, ni con la ayuda de mi familia materna, a la que pedí ayuda para reconstruirla. Remover todo este pasado, un pasado lleno de situaciones angustiantes, de inestabilidad y dolor; me causó sentimientos contradictorios. Por un lado, sentía mucho agradecimiento, felicidad y amor por haber conseguido salir adelante, habiendo

transmutado gran parte de esa oscuridad en una luz radiante. Sin embargo, también me sobrevino el fantasma de la tristeza, atemorizando con el eco de sus sombras.

Quise entonces continuar dibujando, pero me sentí incapaz. Al día siguiente, ya repuesto, decidí subir a una montaña que había cerca de mi casa, y desde ahí, seguir dibujando. Subir esa montaña era una necesidad que desde hacía un par de días llamaba a mi puerta, no de manera brusca, sino como un seductor canto de sirena. Ahora que lo pienso, quizás, de manera inconsciente, subir esa montaña era una manera simbólica, metafórica de ocupar una posición distinta, más elevada, a partir de la cual seguir reconstruyendo mi relato.

Realmente, no sé si esa fue la razón, pero la cuestión, es que me permitió adoptar otro enfoque, a partir del cual decidí seguir reconstruyendo ese río. No obstante, en este momento siento que esa caja de pandora que abrí, también es parte de la vida, y puede ayudar a comprender mi relato y su relación con el sentido de mis experiencias.

No obstante, voy a intentar expornela muy sintéticamente, pues, aunque considero que es importante para comprender, no creo que extenderse sea necesario en este ejercicio.



Comencemos por el principio

Era de noche, en la ciudad de Málaga. La que vendría a ser mi madre, se encontraba cenando en una Pizzería, concretamente, en la Romántica situada cerca de Antón Martín. Cenaba con el que sería mi padre. Esa noche, mi madre, mirando al cielo, pidió a la luna que quería tener un hijo.

Y voilà, al cabo de unos pocos días, mi madre se supo embarazada. Desde entonces, guardo un secreto con la noche: mi segunda madre es la luna.

Mis padres se casaron, pero al cabo de un año y medio aproximadamente, se divorciaron. Parte de la razón de esto es que mi madre llevaba un tiempo bastante desequilibrada. Debido, entre otras cosas, a ciertos acontecimientos traumáticos que acompañaron su infancia y adolescencia, vino a desarrollar lo que ciertos psiquiatras han venido a etiquetar como trastorno bipolar.

Esta peculiaridad de mi madre nos ha acompañado durante muchos años, causándome tanto dolor como enriquecimiento personal. La separación llegó en uno de esos momentos dónde mi madre estaba peor.

Mi familia materna consiguió entonces ingresarla en un hospital, y mi padre, para

entonces, decidió divorciarse. Me llevaron a Murcia, dónde mi abuela materna me acogió en sus brazos, hasta que mi madre se recuperó.

No han sido pocas las manos que me han acogido a lo largo de mi vida. Las de mis abuelas, las de mis tías, las de mi madre. Mujeres, todas ellas, que con su amor, ternura, dulzura, cuidado y apoyo me han dado fuerzas para vivir, amar y transmutar el sufrimiento.

Esta es, una de mis primeras lecciones, de aprendizaje del río de mi vida: la veneración, respeto y amor que tengo hacia las mujeres. Sin ellas, mi mundo no habría seguido girando.

Posteriormente, desde los dos años hasta los doce, estuve viviendo en esa ciudad. En el transcurso de ese período, estuve en cuatro colegios. La razón, vivíamos de alquiler, y cada cierto tiempo nos mudábamos. Realmente, no es mucho lo que aprendí en las escuelas. Al menos, no aprendizajes que yo ahora reviva como relevantes. Y si los hubo, desde luego, no dejaron huella en mi memoria, porque hoy por hoy, no recuerdo más que algunos momentos en el patio de recreo.

No obstante, siempre agradeceré a la escuela, el haberme enseñado a leer, escribir y operar con los números. A pesar del vacío existencial, no recuerdo la etapa escolar con especial dolor. Sí así la etapa secundaria y el Bachillerato.

Todos esos años, y otros posteriores, estuvieron marcados por el cambio. Cambio de casa, de colegio y de ciudad, cada vez que, en Verano y en Navidad, viajaba a Málaga, donde mi abuela y mis tíos y tías me acogían con mucho cariño. Si tuviera que señalar un recuerdo recurrente, este serían los eternos viajes en el autobús. Algunos de ellos odiosos por aburridos, me enseñaron poco a poco la paciencia, y me brindaron la capacidad de resistir, de esperar. En definitiva, me dieron aguante.

Autobuses, autobuses... Autobús para mudarme a Madrid a los doce años, donde estuve tan solo seis meses. Autobús para ir a Murcia de nuevo, donde apenas estuve un año. Y claro, autobús para mudarme a Marbella. Todos estos cambios, y muchos más que vinieron después, me enseñaron a ser nómada, a comprender que mi nación es el cosmos. Sin raíces en una ciudad, fui echándolas en mí mismo, y así, poco a poco aprendí a ser nómada, flexible y adaptativo.

Hasta entonces, mi infancia había transcurrido bastante bien, quitando algún que otro mal trago. Pero una de las etapas más difíciles de mi vida, llegó sin duda, en Marbella. El paso del colegio al instituto, y sobretodo, de una cultura juvenil, a otra, me marcó profundamente. En la nueva ciudad, me costó al menos dos años hacer amigos, y realmente, cuando comencé a hacerlos, no se puede decir

que fueran la mejor influencia del mundo. Con ellos, comencé a tontear con los porros, un tonto, que gradualmente se comenzó a convertir en un hábito demasiado arraigado, una esclavitud que me mantuvo enajenado durante varios años. Pero no corramos tanto.

Aprendizajes en el instituto, realmente no recuerdo muchos. Alguna situación estúpida, como la de estar ir recitando de memoria los elementos de la tabla periódica (vaya un sinsentido...). En Marbella en general, y en particular en el instituto, un diagrama social juvenil podría ser el siguiente:

De un lado estaban las chicas.

De otro los chicos. Y entre estos, había los “chungos”, “los empollones” y los “tontitos”. Los primeros eran aquellos que se ganaban el respeto a base de intimidar a los demás. La violencia y el miedo eran las herramientas de las que se servían. En realidad, los empollones y los tontitos formábamos parte de un mismo grupo, es decir, aquellos a los que la violencia y el miedo nos intimidaban, aquellos que teníamos inseguridades varias, que éramos diferentes, que no vestíamos ropa de marca.

Durante varios años, al menos cuatro, fui intimidado de varias formas. Por un lado, los motes hirientes, por otro, insultos, intimidaciones y la exclusión. Relegado a convivir con los marginados, no fueron pocas las veces que no sabía qué hacer en el recreo.

En el deporte, me sentía muy nervioso e inseguro, con un gran miedo a fallar, lo cual me hacía fallar de hecho. La competitividad y el ganar

eran lo fundamental, si en el camino nos quedábamos todos los “malos”, no importaba. Claro que de esto aprendí una valiosa lección, y es que todos, tarde o temprano, hemos sido “malos” en algo, que es parte del propio aprendizaje, y que con el miedo al fracaso, uno no aprende.

Y mientras, ¿qué hacía la escuela? Nada, absolutamente. Relegada a un academicismo sinsentido, alienante, dejaba que la violencia, la superficialidad, el etiquetaje y los abusos se extendieran. Por aquel entonces, yo apenas me atrevía a mirar a nadie a los ojos, tenía una gran inseguridad.

Iban pasando los años, y mi vida familiar se iba complicando. Mi situación económica y psicológica de mi madre se encontraban muy debilitadas, y con una pareja suya vivimos situaciones muy tensas. En mí bullían muchas emociones, dudas, incertidumbres, miedos y dolor. Y la escuela, fría, distante, ajena.

Mi madre trabajaba muchas horas al día, para poder mantenernos. Así que yo, desde muy joven, fui aprendiendo a responsabilizarme de mí mismo, e incluso de ella. Aprendí a cocinar, a hacer la compra y a limpiar. Y aprendí, no solo a responsabilizarme, sino a ser mu y fuerte, a pasar por situaciones muy dolorosas e inestables, y a sobreponerme. Situaciones como las de ver cómo la psiquis de mi madre se venía abajo: delirios, delgadez, descuido, paranoia, alucinaciones... Y yo, con quince años, sin propósito en la vida, sin apenas motivaciones... Situaciones como la de tener que esperar en casa de mi madre, de la cual me había ido temporalmente ante tal situación, para abrirle la puerta a la ambulancia y a la policía, que venía a llevársela, para ingresarla...

En fin, momentos todos ellos, muy duros, pero enriquecedores. Con ellos aprendí mucho, pero mucho. Claro que no fue hasta mucho tiempo después, que conseguí canalizar esas experiencias y transmutar el sufrimiento. Por aquellos años, como decía, comencé a evadirme del mundo con los porros. Los ambientes en los que me desenvolvían no eran nada sanos. Imbuidos por la apatía, dejábamos pasar los días calada tras calada. El aburrimiento y la falta de sentido, unido a la adicción que generamos, me llevaron a comenzar a robar. Comencé robando en las grandes multinacionales, pero la cosa no se quedó ahí. Llegué a hacer cosas de las que realmente me arrepiento. Con los años, cuando conseguí despertar poco a poco, me fui dando cuenta de lo inconsciente que había sido, de lo perdido que estaba. Aprendí entonces lo importante que es tener una ilusión en la vida, y rodearse de personas sanas y positivas. Aprendí también, que ciertas acciones tienen sus consecuencias, y que los castigos a veces pueden ser muy positivos y necesarios.

Pasaban los años, y el instituto se iba haciendo cada vez más ajeno, insoportable y tedioso. Realmente, fue un milagro que llegara a conseguir hacer la secundaria, el Bachillerato y la Selectividad. No me explico muy bien qué fuerza me llevaba a estudiar (aunque fuera media hora antes del examen) y a ir al instituto. Aprendí a odiar el instituto, a adiestrar mi alma y cuerpo poco a poco, para ofrecerlo a un sinsentido. Aprendí que nos tratan cómo títeres, condicionándonos con las calificaciones, juegan con nuestras vidas, segregándonos, cerrándonos o abriéndonos la vida. Aprendí que para aprobar había que “ser bueno”, mi rebeldía, aunque cada vez más fogosa, había de controlarse a base de partes.

¿Aprender en el instituto? Qué estupidez, memorizar, memorizar y memorizar. Horas y horas copian apuntes, de datos y más datos que luego memorizábamos, para vomitar en un examen. A pesar de todo, con ello aprendí a pasar victorioso también por encima de circunstancias adversas. Aprendí, además, el arte de aprobar habiendo estudiado una

hora antes del examen. Me sentía enjaulado, y en mi pecho un pájaro ansiaba volar y ser libre.

Desde luego, si saqué fuerzas para todo ello, a pesar de pasar por muchos momentos de crisis existencial perenne, fue gracias a ese amor, que desde la infancia, me rodeó.

Sin embargo, no todo fue absurdo en el instituto, recuerdo que hubieron, al menos, dos momentos, que fueron reveladores y cruciales en mi vida. Uno de ellos tuvo lugar con un profesor de filosofía, quien, a pesar de ser un sátiro, y tras pasarme todo un año cuestionando sus ideas y defendiendo las mías, me puso un sobresaliente. Y me lo puso, como él me dijo, por haber tenido el coraje y la valentía de defender mis ideas. Este, fue, creo, el único acto auténticamente educativo, que recuerdo haber vivido en todos los años que pasé en el instituto. El otro, tuvo lugar gracias a un error burocrático, que me hizo ir al Bachillerato de Ciencias Sociales. El cambio, tuvo lugar avanzado el curso de primero de Bachiller. De hecho, en el tercer cuatrimestre.

Fue entonces cuando me encontré con la asignatura de historia. La profesora era un poco rancia, o eso me parecía a mí. Abrir libros, todos y todas por la misma página, leer y subrayar... Nos decía hasta lo que teníamos que subrayar. Pero fue gracias a su actitud, que decidí pasar de la clase, y echar un vistazo al libro, por encima. Fue ese día, el día que descubrí la anarquía y el comunismo libertario. No sé muy bien cómo explicarlo, pero me dieron una fuerza increíble. Resonancia, esa es la palabra. Cada palabra. Aún puedo recordar algunos de los axiomas que explicaban acerca de la anarquía:

Ninguna persona puede imponerse sobre otra, sino que los acuerdos surgen de la libre voluntad de las partes, desde una posición de absoluta igualdad.

El hombre no está por encima de la mujer.

Sin embargo, no sería hasta años después, cuando esa anarquía fue calando más allá de las ideas y las palabras. Finalmente, conseguí pasar el Bachillerato. O casi, porque paradójicamente, en Segundo de Bachillerato suspendí Filosofía. Claro que, ya no estaba en el anterior instituto, y a esta profesora no le gustaba tanto que le cuestionara con mis locas ideas, que ponían a Nietzsche como un anarquista (en cierto sentido), entre otras.

Durante estos años, había pasado de ir a Marbella a Málaga (dónde hice primero de Bachiller), y de nuevo volví había vuelto a Marbella. Terminado el Bachiller (o casi), decidí irme a vivir con mi padre, creyendo que mi vida sería mejor. Claro que, mi padre, que apenas había jugado un papel presente en mi vida, no supo tener la paciencia para manejarme, con todos los sentimientos, mis dificultades, mi adicción, mi apatía. Si ni siquiera supo manejar su propia vida...

Fue un año también bastante complicado, de discusiones fuertes y tensiones incómodas. Yo, finalmente, bajo la presión de mi padre, comencé a trabajar. El trabajo, realmente era una mierda. Me dedicaba a estafar a los demás, vendiendo unas enciclopedias médicas desfasadas a precio de oro. Aprendí entonces lo ruín que puede ser el capital, y las personas, a través de la manipulación y la creación de falsas necesidades. Aprendí lo que era el materialismo, y hasta dónde podía llegar. Pero gracias a Dios, aprendí a empezar a buscarme, aunque no me encontraría hasta años después. Así, me lancé a la búsqueda de mí mismo, ahorré algo de dinero y decidí viajar. Y así estuve, yendo y viniendo, hasta que se fue acercando la fecha de la selectividad. Yo no había estudiando nada, para variar, siempre postergaba las cosas. Un día

o dos antes de que comenzara la selectividad, viví una experiencia muy traumática. Llevado por mi intuición, decidí madrugar para ir de Marbella (dónde estaba pasando unos días con mi madre) a Málaga. Conforme llegaba, algo en mi interior me metía más y más prisa. No voy a ahondar mucho en los detalles, y pido mucha discreción en este y otros aspectos de mi vida. Es algo que comparto con vosotras y vosotros, pero que os pido que se quede aquí.

Un olor a gas inundaba toda la tercera planta de mi edificio, y al abrir la puerta, de repente, un sonido, como el de un aerosol. Era gas saliendo a borbotones. El primer intento de suicidio de mi padre. Llegué justo a tiempo para evitarlo. Fue muy, muy difícil, cómo os podéis imaginar.

Pero fuerte, siempre fuerte, saqué esas fuerzas, no sé muy bien de dónde, y decidí empezar a estudiar la selectividad. Claro que, solo me quedaba un día para que empezara. A pesar de ello, estudiando la noche antes de cada uno de los tres días, conseguí, de nuevo, milagrosamente, aprobar. Aprendí, entonces, que si me proponía algo, podía lograrlo. La tenacidad, la capacidad de proyectar la victoria sin dudar de mí mismo. Fueron situaciones un tanto estresantes, pero aprendí entonces a ganar una gran confianza en mí mismo, al menos en el sentido académico.

Después, claro, me derrumbé. Fueron días de muchas discusiones, con todo el mundo. Finalmente, un tanto desamparado, y no queriendo saber nada de mi padre, me marché a Madrid con mi madre (ella se había ido allí un año atrás). Ahí, buscando señales del destino que me orientaran un poco, encontré algo (quizás lo inventé yo, ¿quién sabe?), y decidí comenzar a estudiar Filosofía. Antes de empezar, yo me sentía realmente muy perdido en Madrid. No conocía a nadie, y no sabía por dónde empezar a conocer. Un gran día, me topé con los centros sociales ocupados. Estos son ocupaciones que realizan diversos colectivos en

inmuebles abandonados, con el propósito de habitar esos espacios con talleres y actividades que promuevan el procomún, el pensamiento crítico y las alternativas libertarias. El ejemplo más cercano lo tenemos en la Casa Invisible.

Gracias a estas ocupaciones, aprendí mucho, mucho. Pude canalizar hasta entonces parte del propósito de mi vida. Realmente, en las clases de Filosofía no aprendí mucho, sin embargo, fue aquí dónde comencé con mi formación política. Fue descubrir todo un mundo para mí. A partir de ahí, comencé a construir nuevas estructuras mentales que iban dando forma a esa Anarquía que tanto había resonado en mí. Participando en un colectivo que giraba en torno al Copyleft desde el mundo informático y artístico, fueron muchas las cosas que aprendí, aunque algunas me dolieron. Aprendí por ejemplo, lo importante que es en los grupos humanos cuidar la manera en cómo nos comunicamos, evitando la violencia, las cúpulas de poder...; ya que sin ello, no tiene sentido, a mi parecer, defender cualquier causa, por muy noble que sea.

Por aquel entonces, mi pensamiento no estaba bien cimentado y construido. Pensándolo bien, a lo largo de toda mi vida, apenas había leído ni estudiado de una manera sistemática, por lo que no tenía un pensamiento crítico bien construido. No obstante, a pesar de ello, estuve al pie en las luchas estudiantiles (aunque de manera un poco caótica y esporádica, algo que ha formado parte de mi hasta hace bien poco, y que a día de hoy, aún está en proceso de mejora). Comencé a defender los derechos de los animales, me hice vegetariano...

Mi manera de ser, no dejaba de ser un tanto caótica e impulsiva, entre otras cosas, porque los porros no habían dejado de estar presentes

en mí. De hecho, lo estaban más que nunca. Y no solo porros, comencé a probar otras drogas más psicodélicas. Esto, aunque tuvo sus riesgos, me ayudó a abrir mucho mi mente.

Un año después de comenzar Filosofía, sentía que no me gustaba la carrera. Me aburría soberanamente leer a Descartes, y los libros de Lógica se me hacían muy densos. Finalmente, no sin muchos titubeos, decidí comenzar Pedagogía y dar un nuevo rumbo a mi vida. Realmente, fue la decisión mejor tomada en mi vida. Desde que entré en la carrera, aprendí a dar forma a todas esas ideas, impulsos y sentimientos. La Educación, se convirtió entonces para mí, en un puente, un canal a través del cual desarrollar mi ser, mis inquietudes. Desde entonces, la Filosofía comenzó a dejar de ser algo tan abstracto, y se centró en torno al ser humano y la sociedad.

Conseguí dejar atrás mis adicciones, y aprendí a desarrollar mi fuerza de voluntad, algo de lo que estoy realmente orgulloso, y que fue uno de los aprendizajes más significativos y útiles para mi vida, pues hasta entonces, en lo relativo a mis impulsos, siempre había sido muy débil. Sin embargo, aunque por aquel entonces todo andaba mucho mejor, aún me quedaría un largo recorrido hasta llegar a transmutarme y renacer.

Aún seguía teniendo una enorme sed de libertad, y aunque la Licenciatura en Pedagogía me había ayudado a conferir mucho sentido a mi vida, aún había muchos aspectos academicistas que no me gustaban (y que me siguen sin gustar, incluso en el máster). Hablo por ejemplo de fragmentar el conocimiento en disciplinas, alejadas ambas de problemas y situaciones reales y concretas, sin mucho lugar a la autogestión y a la libertad en la elección.

Esa sed de libertad se tradujo en un momento dado en ocupar una casa. Creía por aquel entonces que estar fuera del sistema era lo mejor, lo que yo quería. Luego, cuando tuve la experiencia, una de las cosas que aprendí es que no es oro todo lo que reluce, que a veces, más allá de las idealizaciones y proyecciones que hacemos, hay otras realidades menos hermosas. No obstante, fue una época de autoliberación interior. Poco a poco, fui haciéndome cada vez menos inhibido, lo cual me ayudó a ser extrovertido, espontáneo, auténtico y natural.

Por esta época, sucedió el que hasta ahora ha sido el regalo más bonito de mi vida. Hablo de Esther, mi compañera. Con ella aprendí a amar, a “conocer a las mujeres”, y sobretodo, a madurar y a conocerme a mí mismo. Este aprender a amar, de una manera sana, a resolver los conflictos, de una manera constructiva, a comunicarse, de una manera asertiva y en definitiva, a ser felices, han sido, sin duda, las lecciones más valiosas y hermosas de toda mi vida.

Gracias a este amor, y a mi propio proceso de liberación interior, fui poco a poco rompiendo las cadenas que me mantenían esclavo, de mí mismo, de la alienación de la sociedad. Me llevaría muchas líneas tratar de exponer los aprendizajes relevantes que a lo largo de estos años he podido desarrollar. Voy a ir seleccionando, por tanto, algunos de ellos, los que me resultan más importantes. Sin embargo, todo acto tiene sus consecuencias. La ocupación derivó en una intervención judicial (que por cierto, mañana en el juicio, así que os podré contar en directo), y esto, unido a otra serie de factores (mi padre hacía de las suyas, no gestionaba muy bien las tareas de la vida cotidiana, la universidad...), me causaron ansiedad. Yo al principio no sabía muy bien qué era esto que me pasaba.

Sentía angustia, falta de aire, malestar, incomodidad... No sabía aún la gran bendición que habría de ser esta ansiedad.

A pesar de ser un estado altamente angustiante, o quizás por ello, comencé todo un proceso de autoconocimiento y desarrollo personal. Fue ahí dónde creo que empezó a tomar más forma mi camino espiritual. Durante los años posteriores, comencé a tomar contacto con una serie de lecturas, conversaciones, herramientas y experiencias de las que estoy muy agradecido: Meditación, yoga, inteligencia emocional, medicina holística... A través de un largo proceso, comencé a fortalecerme interiormente y a sanar, siempre de manera “natural”.

Poco a poco, fui encajando muchos dilemas y cambios internos, asimilando muchas cosas que no me gustaban del mundo, y canalizando mi acción y reflexión a través de la transformación social. En este sentido, el 15-M fue para mí un punto de partida crucial en el que tomé contacto, esta vez más maduro, sereno y estable con la política, la acción social, la ecología, la autogestión... Posteriormente, y de manera paralela a la formación económica y a ese proceso de sanación, crecimiento y fortalecimiento interior, comencé a participar en la creación del Huerto Urbano El caminito (dónde aprendí cómo podemos llegar a transmutar el abandono en belleza), grupos de Consumo Ecológico (dónde fui responsabilizándome de mis propias acciones, y comenzando el aprendizaje de la coherencia), Monedas Locales (Málaga Común), dónde aprendí a participar en la construcción de nuestras propias soluciones...

A través de todo ello, poco a poco fui generando la idea de que realmente podemos cambiar las cosas, sin esperar a que los problemas nos lo resuelva papá Estado.

En la carrera, aprendí mucho, mucho sobre Educación, aunque en momentos me costó sobrellevar mi ser anarquista con la institución académica. Exponer todo ello sí que me llevaría folios y folios. No obstante, voy a intentar sintetizar lo esencial.

Comprendí que a través de la Educación podemos llegar a transmutar, a romper las cadenas y reconstruirnos, como ese Ave Fénix que renace de sus cenizas.

Aprendí que ese quería que fuera mi propósito, ser Educador, en la búsqueda de la coherencia, con el compromiso y el deseo de servir a la humanidad con la que quiero habitar. Aprendí que había que dejarse de fatalismos, de negatividades, de excusas y pretextos, para ponernos manos a la obra.

Aprendí que las personas, el amor, la naturaleza, la paz y la alegría serían mi bandera, mucho más importantes que todas las cosas materiales producidas y el dinero del mundo. Aprendí que no puede haber Educación sin Esperanza, y que la positividad y la ilusión son la brújula que guían mi quehacer. De todos los proyectos sociales en los que he participado, y de toda la mística que ha acompañado mi vida, he llegado a aprender algo impagable; y es que creer es crear. A través de nuestros pensamientos, emociones y acción, creamos cada día nuestra realidad.

Por tanto, el aprendizaje que resume todo es, ese proceso constante de aprender a crear mi realidad, a leer y escribir el mundo, partiendo de mi propio equilibrio interior.

Y a día de hoy, aprendo, que no es poco, a canalizar todos esos deseos y lecciones en mi acción, en mi práctica, intentando construir mejores hábitos, dar forma a los diferentes proyectos en los que participo.



**Que nunca te roben la esperanza, la ilusión.
Gracias por compartir este rato conmigo.**



¡GRACIAS!

CREAR